

contentan de oponerse al denodado ímpetu y furiosa temeridad de los herejes, con su santa vida y doctrina, ni de hacer sacrificio de sí, y morir cada dia muchas veces, por dar vida á los infieles y gentiles; pero tambien lo hacen con dar su sangre por la verdad del Evangelio, que es la última prueba, y el mas firme y esclarecido testimonio que ellos pueden dar de su virtud y valor. Setenta y siete Padres y Hermanos de la Compañía (que yo sepa) han muerto hasta el año de 1585 por la fé de Jesucristo nuestro redentor, á manos de herejes y gentiles.

»Los veinte y cuatro de ellos mataron en diversas partes los infieles, moros y gentiles, con varios géneros de tormentos. El primero, y como capitán de todos, fué el bienaventurado P. Antonio Criminal, que estando en oración hincado de rodillas, y levantadas las manos fué alanceado de los badegas, en el cabo de Comorin, el año del Señor de 1549, á donde el mismo año tambien fué descabezado el P. Alonso Mendez.

»Pedro Correa y Juan de Sosa, hermanos de la Compañía, fueron asaetados por los caribes en el Brasil, el año de 1554, y este mismo año otro Padre en la India oriental fué medio quemado y despues acabado con ponzoña. El P. Alonso de Castro en las islas Molucas fué arrastrado de los moros por unos ásperos peñascos, año de 1558.

»El P. Gonzalo Silveira, varón ilustre en sangre, y mas en santidad, fué arrastrado con una soga á la garganta, teniendo un devoto Crucifijo en su manos, por mandado del mismo rey de Momotapa, que él habia convertido, y despues prevaricó; habiendo antes tenido revelacion de su dichosa muerte, el año de 1561.

»El P. Francisco Lopez, y otros dos hermanos, viniendo de la ciudad de Cochín á Goa, fueron atravesados con lanzas, y muertos de los moros enemigos de nuestra santa fé, el año de 1567.

»En la Florida, el P. Pedro Martínez, y el P. Bautista de Segura, y el P. Luis de Quiros, con otros seis hermanos fueron martirizados.

»Y en la tierra de Salfete, junto á Goa, últimamente otros cinco, entre los cuales fué uno el Padre Rodolfo Aquaviva, hijo del duque de Atri, y hermano del cardenal Aquaviva, y sobrino del P. Claudio Aquaviva, nuestro prepósito general, el año de 1583.

»Otros cincuenta y tres han sido coronados de gloria eterna por

mano de herejes, los mas de ellos porque iban á predicar á los gentiles la santa fé católica, como fué el dichoso y bienaventurado Padre Ignacio de Acevedo, varón noble por la sangre que tenia de sus padres, y mas esclarecido por la que él derramó por Jesucristo nuestro señor. El cual yendo por provincial de la Compañía á la provincia del Brasil, con otros treinta y ocho compañeros Padres y Hermanos de la misma Compañía, á predicar y enseñar el Evangelio, fué muerto á manos de hugonotes corsarios y herejes franceses, cuyo capitán era Jaques de Soria, el cual los mandó matar en odio y aborrecimiento de nuestra santísima fé católica, año de 1570.

»Y el P. Pedro Diaz el siguiente de 1571, con otros once que hacian la misma jornada para el mismo efecto fueron atormentados por la misma causa por Juan Claudio, hereje francés, y acabaron la navegacion, allegando al puerto de la gloria eterna.

»Algunos otros porque predicaban, defendian y enseñaban la verdad católica entre los mismos herejes, fueron descoyuntados y despedazados con atroces y exquisitos tormentos, alcanzando victoria con su bienaventurada muerte, de la mentira y falsedad. Tales han sido los ilustres mártires, Edmundo Campiano, y Tomás Cottamo, ingleses, Padres de la Compañía, que fueron martirizados el año de 1581 y 1582, con otros muchos por la reina Isabel de Inglaterra.

»Bendito sea, alabado, glorificado, ensalzado, y sobreensalzado en todos los siglos de los siglos, de todos los ángeles y santos del cielo, el santísimo y amabilísimo nombre del Señor, que así ennoblece y enriquece esta su mínima Compañía, y la arrea y adorna con tales joyas y perlas preciosas como son los mártires: y da á entender con esto que la Compañía de Ignacio es suya, como son las demas Religiones que instituyeron y fundaron los otros santísimos Patriarcas en su Iglesia, las cuales estan llenas de riquezas y tesoros de varones celestiales que derramaron su purísima sangre por su santo nombre, no solamente en los siglos pasados, sino tambien en los tiempos presentes, que cada una de ellas basta para ilustrar y enriquecer el mundo; como lo vemos en los santos monjes cartujos que murieron en Inglaterra á manos del rey Enrique VIII por la defension de la potestad suprema del Vicario de

Cristo nuestro señor, que es cabeza de la Iglesia católica. Y por los santos frailes Dominicos Franciscos y de otras Religiones, que en Francia han sido coronados en nuestros días por manos de los herejes, que son nuestros Neronos, Domicianos, y Maximinos.

»Alabado así mismo y glorificado sea el Señor que así mira por su Iglesia, y la provee de fuertes y reparos de las santas Religiones, y de capitanes y soldados valerosos, que triunfan del pecado con la santidad; de la herejía, con la doctrina católica, de la muerte, con dar la vida por él; de Satanás y del infierno, con la sangre derramada en confirmacion de su Evangelio y virtud. Que con tales peleas y victorias de soldados tan esforzados, no puede nuestra madre la santa Iglesia dejar de triunfar gloriosamente de todos sus enemigos, como lo ha hecho siempre hasta aquí, resistiendo á los unos, alumbrando y sujetando á los otros, y trayéndolos al conocimiento y amor del Señor y de su verdad.

»Después de confirmada la Compañía por el Papa Paulo III, la primera cosa en que pusieron los ojos todos los primeros Padres de ella, fué en hacer eleccion entre sí de un superior, que con espíritu y prudencia la gobernase, cuyo estado entonces era este. Los Padres maestro Francisco Javier y maestro Simon, estaban en Portugal. El maestro Pedro Fabro en Alemania, á donde habia ido á la dieta Imperial de Vormes, en compañía del doctor Ortiz. De los otros Padres, Lainez estaba en Parma, Claudio Yayo en Bresa, Pascasio en Sena, y Nicolás de Bobadilla en Calabria. Ignacio se habia quedado solo con Salmeron y Juan Coduri en Roma. Tambien estaban estudiando en la universidad de Paris algunos pocos mancebos, que ya desde entonces se habian aplicado á la Compañía; los cuales habian sido enviados del Padre Ignacio para este efecto desde Roma.

»En la misma ciudad de Roma estábamos obra de una docena, que nos habíamos allegado á los primeros Padres para seguir su manera de vida, é instituto. Morábamos con gran pobreza y estrechura en una casa alquilada, vieja y caediza, enfrente del templo viejo de la Compañía, y que para el nuevo que ahora tenemos se ha derribado. Y como yo era uno de los que en este tiempo estaban en Roma, podré hablar como testigo de vista en lo que de aquí en adelante se contará.

»Estando, pues, las cosas en este estado, fueron llamados á Roma todos los Padres que de los diez primeros andaban por Italia trabajando en la viña del Señor: y vinieron todos cerca de cuaresma del año de 1541: solo faltó el P. Bobadilla, que por mandado de su Santidad se quedó en Bisiñano, ciudad de Calabria. Y porque el sumo Pontífice queria luego enviar algunos de los otros Padres á varias provincias, no se pudo aguardar mas á Bobadilla, ni dilatar mas la eleccion del General. Así que mediada cuaresma, Ignacio, Lainez, Salmeron, Claudio, Pascasio y Coduri se juntaron en Roma; y después de haber ventilado las cosas que para acertar en la buena eleccion se ofrecian, determinan de estar tres días en oracion, y que entre sí guarden silencio, y no traten de ella: y que después cada uno traiga su voto escrito de su mano, en el cual declare á quien dá su voto. Pasados los tres días tórnanse á congregarse, y juntan los votos que cada uno traia con los de los otros Padres ausentes; los cuales ellos, ó habian dejado escritos antes que partiesen de Roma, ó los habian enviado después.

»Y para mayor confirmacion y establecimiento de la eleccion, determinaron de estar otros tres días en oracion sin leer los votos: los cuales abrieron al cuarto día, y por voto de todos los presentes y ausentes fue declarado Ignacio por prepósito general; de manera que no le faltó otro voto sino el suyo. Mas él, como quien de corazón y de verdad estaba mas aparejado para obedecer que para mandar, diceles así: «Yo, hermanos, no soy digno de este oficio, ni lo sabré hacer, porque quien no sabe bien regirse á sí, ¿como regirá bien á los otros? Y porque con toda verdad y sinceridad delante de Dios nuestro Señor yo así lo entiendo; y porque miro los vicios y malos hábitos de mi vida pasada, y los pecados y muchas miserias de la presente, no puedo acabar conmigo de recibir la carga que me echais acuestas. Por tanto ruégoos por amor del Señor, que no lo tengais á mal, y que de nuevo por espacio de otros tres ó cuatro días, con mas ahinco y fervor encomendeis este negocio á su divina Majestad; para que alumbrados con la luz de su espíritu y favorecidos de su gracia, elijamos por padre y superior al que mejor que todos ha de regir la Compañía.»

»Quisieron al principio irle á la mano los Padres, mas al fin fueron forzados á consolarle, y á condescender con él; y tomando

tiempo para de nuevo deliberar, júntanse despues de quatro días otra vez, y con el mismo consentimiento y union de voluntades, tornan á elegir á Ignacio por superior y general. El entonces, temiendo por una parte de contradecir á todos, y por otra de encargarse de peso que juzgaba ser sobre sus fuerzas, dijoles así: «Yo pondré todo este negocio en manos de mi confesor, y le daré cuenta de los pecados de toda mi vida; y le declararé las malas inclinaciones de mi alma y las malas disposiciones de mi cuerpo. Y si él con todo eso, en el nombre de Jesucristo nuestro señor me mandare ó aconsejare que tome sobre mí tan grande carga, yo le obedecere.»

»Aquí comenzaron todos á reclamar, diciendo que harto entendida estaba la voluntad de Dios, y apretaban á Ignacio para que no les entretuviese mas con sus humildades, ni dilatase este negocio, porque esto ya parecia querer repugnar á Dios. Mas como no le pudiesen apartar de su parecer, finalmente que quisieren que no, hubieron de condescender con lo que él pedia.

»Hizo su confesion general Ignacio, y esuvo tres días, que fueron juéves, viérnes y sábado santo, apartado de sus compañeros, en san Pedro Montorio, monasterio de frailes Franciscanos, donde fué crucificado San Pedro, ocupado en solo este negocio. Dió parte á su confesor, el cual era entonces un santo y grave varon de aquel convento, llamado fray Theofilo (que despues siendo Ignacio general tomó por confesor de la Compañía), de toda su vida pasada: y el día de Pascua de resurreccion, preguntóle que le parecia: responde el confesor que le parecia que era resistir á su eleccion, resistir al Espíritu Santo. Entonces Ignacio le torna muy de propósito á rogar, que lo mire de nuevo con mas atención, y lo encomiende de veras á Dios; y que lo que despues de esto le pareciere, lo escriba en una cédula de su mano, y sellada la enviase á sus compañeros.

»Hizolo así el confesor, y escribió la cédula en que decia, que su parecer era que Ignacio en todo caso se encargase del gobierno de la Compañía. Ya entonces con grandísimo regocijo y aplauso de todos, dijo que lo haria; y señalaron el viérnes siguiente, despues de Pascua de resurreccion, que era á 22 de Abril, para visitar las siete iglesias, que son las estaciones principales de Roma: y en

la iglesia de San Pablo, que es una de ellas, apartada del ruido de la gente y de gran devocion, hacer todos su profesion; la cual se hizo de esta manera.

»Como llegaron aquel día á San Pablo, se reconciliaron todos confesándose brevemente unos con otros: Ignacio hizo lo mismo en la capilla de Nuestra Señora, donde entonces estaba el Santísimo Sacramento. Llegado el tiempo de recibir el cuerpo del Señor, teniéndole en la patena con la una mano, y con la otra su profesion escrita, se volvió hácia los Padres, y en voz alta dijo de esta manera: «Yo, Ignacio de Loyola, prometo á Dios todopoderoso, y al sumo Pontífice su vicario en la tierra, delante de la santísima vírgen y madre Maria, y de toda la corte celestial, y en presencia de la Compañía, perpétua pobreza, castidad y obediencia, segun la forma de vivir que se contiene en la bula de la Compañía de Jesus señor nuestro, y en sus constituciones, así las ya declaradas, como las que adelante se declarasen. Y tambien prometo especial obediencia al sumo Pontífice, quanto á las misiones en las mismas bulas contenidas. Item prometo de procurar que los niños sean enseñados en la doctrina cristiana, conforme á la misma bula y constituciones.» Tras esto recibió el Santísimo Sacramento del cuerpo y sangre de Cristo nuestro señor.

»Luego los otros Padres sin guardar orden ninguno de antigüedad, hicieron su profesion en esta forma: «Yo fulano prometo á Dios todopoderoso, delante de la sacratísima Vírgen su madre, y de toda la corte celestial, y en presencia de la Compañía, y á vos, reverendo Padre, que teneis el lugar de Dios, perpétua pobreza, castidad y obediencia, segun la forma de vivir contenida en la bula de la Compañía de Jesus, y en las constituciones, así declaradas como las que se han de declarar adelante. Y mas prometo especial obediencia al sumo Pontífice para las misiones contenidas en la dicha bula. Y tambien prometo obedecer en lo que toca á la enseñanza de los niños, segun la misma bula.» Y así despues de haber leído cada uno su profesion, comulgó de mano de Ignacio. Acabada la misa, y visitados los santos lugares de aquel templo con mucha devocion, vanse los Padres al altar mayor, en el cual están sepultados los huesos sagrados de los gloriosos príncipes de la Iglesia San Pedro y San Pablo. Allí se abrazaron con grande amor y

abundancia de lágrimas, que todos derramaban de puro gozo espiritual y devoción fervorosa, dando infinitas gracias á la suma y eterna majestad de Dios, porque habia tenido por bien de llevar á cabo, y perfeccionar lo que él mismo habia comenzado. Y porque les habia dejado ver aquel día tan deseado, en que los habia recibido en holocausto de suave olor, y dádoles gracia que unos hombres de tan diversas naciones fuesen de un mismo corazón y espíritu, hiciesen un cuerpo con tan concorde unión y liga para le agradar y servir.

»No quiero dejar de decir la extraordinaria y excesiva devoción que el maestro Juan Coduri sintió aquel día con tan vehemente y divina consolación, que en ninguna manera la podia reprimir dentro de sí, sino que á borbollones salia fuera. Yo anduve con los Padres aquel día, y ví lo que pasó. Iba delante de nosotros Juan Coduri en compañía de Lainez, por aquellos campos, oíamosle henchir el cielo de suspiros y lágrimas, daba tales voces á Dios que nos parecia que desfallecia y que habia de reventar por la grande fuerza del afecto que padecía, como quien daba muestras que presto habia de ser libertado de esta cárcel del cuerpo mortal. Porque en este mismo año de 1541, en Roma, el que fué el primero que hizo la profesión despues de Ignacio, fué tambien el primero de los diez que pasó de esta vida, á los 29 de Agosto, día de San Juan degollado. Nació en Provenza en un pueblo llamado Sein, y nació el día del glorioso San Juan Bautista, fué ordenado de misa el día mismo de su nacimiento; murió el día de la muerte de este bienaventurado Precursor, y murió de su misma edad. Fué en oír confesiones (para los pocos años que fué sacerdote) muy ejercitado y eficaz; y diestro en tratar y mover los prójimos á la virtud, y hombre de rara prudencia: por lo cual habia venido á ser muy bien quisto, y á tener grande autoridad con personas principales para las cosas de Dios. Vió entrar en el cielo el ánima de este Padre, rodeada de una clarísima luz entre los coros de los ángeles, una persona devotísima, que aquella hora estaba en oración; que así lo escribió Ignacio al P. Pedro Fabro. Y yendo el mismo Ignacio á decir misa por él á San Pedro Montorio, que está de la otra parte del río Tiber, llegando á la puente que llaman de Sixto, porque la edificó ó reparó el papa Sixto IV, al punto que acabó de

expirar Juan Coduri, se paró Ignacio como salteado de un súbito horror que de repente le dió: y volviéndose á su compañero que era el P. Juan Bautista Viola (que hoy día vive, y me lo contó á mí) le dijo: «Pasado es ya de esta vida Juan Coduri.»

»En recibiendo el cargo de prepósito general, luego comenzó Ignacio á tratar con mucho peso, así las cosas que pertenecian á la Compañía universal, como las que tocaban al buen gobierno de aquella casa de Roma. Y por humillarse él y abajarse tanto mas, cuanto en mas alto estado Dios le habia puesto; y para provocar á todos con su ejemplo al deseo de la verdadera humildad, luego se entró en la cocina, y en ella por muchos días sirvió de cocinero, é hizo otros oficios bajos de casa: y esto con tantas veras y tan de propósito, como si fuera un novicio que lo hacia por su aprovechamiento y mortificación. Y porque por las ocupaciones que cada día se le ofrecian, muchas y muy grandes, no podia libremente del todo darse á estos oficios de humildad, de tal manera repartia el tiempo, que ni faltaba á los negocios mas graves, ni dejaba los que tocaban á la cocina. Despues de esto comienza á enseñar la doctrina cristiana á los niños: lo cual hizo cuarenta y seis días arreo en nuestra iglesia; pero no eran tantos los niños, cuantas eran las mujeres y los hombres, así letrados como sin letras, que á ella venian.

»Y aunque el enseñaba cosas mas devotas que curiosas, y usaba de palabras no pulidas ni muy propias, antes toscas y mal limadas, eran empero aquellas palabras eficaces y de gran fuerza para mover los ánimos de los oyentes, no á darles aplauso, y con vanas alabanzas admirarse de ellas, sino á llorar provechosamente y compungirse de sus pecados. De manera que cuando él acababa su plática, muchos se iban gimindo, y echándose á los piés del confesor no podian decir sus pecados, porque estaban sus corazones tan arrebatados de dolor, y tan movidos, que de lágrimas y sollozos apenas podian hablar. Lo cual muchas veces me contó el P. M. Lainez, que en aquel tiempo confesaba en nuestra iglesia. Aunque acordándome yo de lo que entonces vi, no tengo porque tener esto por cosa nueva ni estraña. Porque me acuerdo de oír predicar á Ignacio entonces, con tanta fuerza y con tanto fervor de espíritu, que parecia que de tal manera estaba abrasado del fuego

de caridad, que arrojaba unas como llamas encendidas en los corazones de los oyentes; tanto, que aun callando él, parecía que su semblante inflamaba á los presentes, y que los ablandaba y de-  
rretia con el divino amor la inflamacion de todo su rostro.

»Y para que mejor se entienda la fuerza de Dios nuestro Señor, que habia en este su siervo, y la cuenta que él tenia con la humildad y con el menosprecio de sí mismo, quiero añadir que yo en este tiempo repetia cada dia al pueblo lo que Ignacio habia enseñado el dia antes. Y temiendo que las cosas provechosas que él decia, no serian de tanto fruto ni tan bien recibidas por decirse en muy mal lenguaje italiano, dijesele á nuestro Padre, y que era menester que pusiese algun cuidado en el hablar bien: y él con su humildad y blandura me respondió estas palabras; «Cierto que decís bien, pues tened cuidado, yo os ruego, de notar mis faltas y avisarme de ellas para que me enmiende.» Hicelo así un dia con papel y tinta, y ví que era menester enmendar casi todas las palabras que decia: y pareciéndome que era cosa sin remedio, no pasé adelante, y avisé á nuestro Padre de lo que habia pasado: y él entonces con maravillosa mansedumbre y suavidad me dijo: «Pues, Pedro ¿qué harémos á Dios?» Queriendo decir, que Nuestro Señor no le habia dado mas, y que le queria servir con lo que le habia dado. Así que sus sermones y razonamientos no eran adornados con palabras de la humana sabiduría para con ellas persuadir, mas mostraban fuerza y espíritu de Dios, como dice el apóstol San Pablo de sí. Que en fin el reino de Dios, como dice el mismo Apóstol en otro lugar, no consiste en palabras elegantes, sino en la fuerza y virtud del mismo Dios, con que las palabras se dicen envolviéndose en ellas el mismo Dios, y dándoles espíritu y vida para mover á quien las oyere.

»Viendo Ignacio que no solo se inclinaban á ser de la Compañía mozos hábiles y de mucha expectacion, sino hombres eruditos y graves, que se ofrecian fundaciones de colegios; y que los suyos por do quiera que andaban hacian gran fruto, y que no podian por la prohibicion del sumo Pontífice hacer profesos en la Compañía á todos los que Dios nuestro señor á ella llamaba; procuró con todo cuidado, y suplicó á Su Santidad, que tuviese por bien de confirmar de nuevo la Compañía, y de estender aquel breve núme-

ro que en su primera aprobacion habia tasado, y abrir la puerta á todos los que viniesen á ella llamados de Dios. Lo cual, como arriba se dijo, el Pontífice hizo con gran voluntad el año de 1543, á 14 dias del mes de Marzo, movido del fruto que nuestros Padres, con su vida y doctrina hacian tan copioso en la Iglesia de Dios, y esperando que habia de ser mayor para adelante.

»Desde este tiempo comenzó nuestra Religion á ir creciendo con notable aumento cada dia mas. En esta sazón habia ya en la ciudad de Parma comenzado á crecer el grano que los Padres Fabro y Lainez habian sembrado, y muchos sacerdotes de la misma tierra, que en la imitacion les eran discípulos y en el deseo compañeros, hacian el oficio de regar y labrar lo que aquellos Padres habian plantado. Por donde la devocion y piedad de aquella ciudad iba acrecentándose cada dia de bien en mejor.

»Mas el enemigo que nunca duerme para hacernos mal, trabajó cuanto pudo de sembrar sobre esta buena semilla su cizaña por medio de un predicador hereje, el cual despues de haberse arrojado á decir desde el púlpito muchas blasfemias y herejías; para salir con su dañada intencion viendo que la vida y doctrina de aquellos sacerdotes que he dicho le era grande estorbo, les levantó un falso testimonio, y pretendió desacreditarlos por este camino. Y así se levantó una grande persecucion contra ellos, aunque sin ninguna culpa suya.

»Llamaban á estos clérigos los Contemplativos, porque trataban de oracion y meditacion, y aunque ellos no eran de la Compañía, sino amigos de ella é imitadores de su doctrina y virtud, todavia nos echaban á nosotros su culpa, como á maestros de ellos, ó á lo menos como á participantes en el delito.

»Procuró Ignacio que el sumo Pontífice supiese de raiz todo lo que pasaba en Parma. Y Su Santidad indignado gravemente, como era justo, del caso, considerando los daños que en algunas ciudades de Italia se podian recibir si el veneno de las herejías (como se temia) fuese cundiendo, instituyó una congregacion y tribunal de seis cardenales escogidos entre el sacro Colegio; los cuales con suma potestad fuesen inquisidores contra los herejes, y se desvelasen en descubrir y extirpar los enemigos de nuestra santa fé católica. Fué esta traza del cielo, porque este nuevo tribunal, no solo ha